

Dios sonríe a sus criaturas, sobre el altar está «el que vive siempre para interceder por nosotros», y el hombre puede exponer sus ruegos confiadamente. La idea de participación se desarrolla introduciéndonos en la esfera de los deberes y las necesidades del hombre; el Canon se amplía, y, de eucarística, la oración se convierte en impetratoria y propiciatoria. Es aquí donde se encontraban al principio los dos Mementos y donde los conservan todavía otras liturgias. Por lo que a la romana se refiere, sabemos que fué el Papa Símaco quien, a mediados del siglo IV, desplazó el de los vivos colocándole entre las fórmulas que preceden a la Consagración. Ya hemos hablado de él en páginas anteriores, y si aquí aludimos a él, completando algunas ideas, es para que el lector perciba más claramente la armonía del conjunto.

PRIMER DÍPTICO.

Puesto que el valor de la Víctima es infinito, la súplica va a ser católica, universal; una súplica que comprende todas las necesidades de todos los hombres. La Iglesia no olvida a ninguno de sus hijos, bien sea que luchen todavía con ella y dentro de ella, bien sea que hayan salido de este mundo. Antigüamente estas intenciones estaban escritas en dos tablillas de oro, de plata, de madera o de marfil, o bien en dos hojas de pergamino, que se llamaban dípticos, porque estaban unidas la una con la otra y podían plegarse y abrirse. Cuando llegaba este momento, el sacerdote o alguno de los diáconos leía el contenido. Allí figuraban los nombres del Papa, del obispo de la diócesis, del príncipe y de aquellos por quienes se ofrecía especialmente el sacrificio, recordándose de una manera general a la jerarquía eclesiástica, a los poderes de la tierra, a los bienhechores, a todos los fieles, y entre ellos a los que se hallaban en el templo el sacrificio juntamente con el sacerdote.

A esta enumeración seguían las peticiones. Ante todo, un recuerdo para la Iglesia universal:

«pro Ecclesia tua sancta catholica». Es la primera preocupación de un verdadero cristiano, la que pasa antes que cualquiera de sus intereses personales. San Fructuoso, obispo de Tarragona, en el momento de subir a la hoguera, el 21 de enero del año 258, respondió a un amigo que le pedía un recuerdo en medio del tormento: «Es necesario que, ante todo, piense en la Iglesia católica derramada por Oriente y Occidente»; bella palabra que parece un eco de las liturgias apostólicas. La Iglesia necesita asegurar la paz, la protección divina, la cohesión y la expansión de su vida a través del mundo; es decir, la manifestación espléndida de su santidad, unidad, catolicidad y apostolicidad, las cuatro notas indefectibles de su misión divina, las cuatro joyas brillantes de su regia corona: «pacificare, custodire, adunare et régere», breves palabras que encierran un profundo sentido teológico, una savia fecunda de vitalidad divina. Esto es lo que la Iglesia pide para sí; pero sin poder olvidar uno solo de los intereses de sus hijos: bienes temporales, que pueden resumirse en una sola palabra: *pro spe incolumitatis*; bienes del alma, que nos hacen dignos de la salvación eterna: *pro spe salutis*; remisión de penas y pecados: *pro redemptione animarum suarum*.

SEGUNDO DÍPTICO.

En la segunda tabla figuraban los muertos, y también aquí había que hacer distinciones. Aunque se diga lo contrario, también entre los difuntos existe una jerarquía. El díptico los separa en dos grupos. En el uno están los santos del cielo, aquellos «que se renovaron en un espíritu nuevo y se vistieron del hombre creado según la imagen de Dios, según la justicia y la santidad de la verdad». Una vida puesta completamente al servicio de Jesucristo les ha dado posesión de la gloria; y si nosotros los recordamos, no es con acento de pesar, sino con sentimiento de júbilo. Evocamos sus triunfos porque nos invitan a dar gloria a Dios y a ponerlos bajo su intercesión. Sus tumbas fueron es-